

Sarah Perry

**La serpiente de Essex**

Traducción del inglés de  
Carlos Jiménez Arribas

 Siruela

Nuevos Tiempos

# Índice

NOCHEVIEJA	13
I. EXTRAÑAS NUEVAS HAY EN ESSEX	19
Enero	21
Febrero	39
Marzo	97
II. PONGA ÉL TODO SU EMPEÑO	135
Abril	137
Mayo	173
III. VELAD, PUES, EN TODO TIEMPO	219
Junio	221
Julio	261
Agosto	271
IV. ESTOS ÚLTIMOS TIEMPOS DE REBELIÓN	291
Septiembre	293
Noviembre	391
<i>Nota de la autora</i>	403
<i>Agradecimientos</i>	405

*Para Stephen Crowe*

*Si me apuran para que diga por qué le amaba, siento que es algo que no puedo expresar, salvo contestando: «Porque él era él; y porque yo era yo».*

MICHEL DE MONTAIGNE,  
*De los afectos*

# NOCHEVIEJA

Un joven va río abajo por la ribera del Blackwater en una fría noche de luna llena. Lleva horas apurando el año viejo, trago a trago hasta las heces, hasta que le han empezado a doler los ojos y se le ha revuelto el estómago, y se ha cansado de las luces brillantes y el bullicio.

—Bajo al agua un momento —dijo, y estampó un beso en la mejilla que tenía más cerca—. Estaré de vuelta antes de que den las campanadas.

Y ahora, allí plantado, mira al este, hacia la marea que baja y deja el estuario sumido en calma y sombra, y al centelleo de las gaviotas sobre las olas.

Hace frío, y debería sentirlo, pero estaba hasta arriba de cerveza y lleva el abrigo bueno de paño grueso. El tejido del cuello le raspa la nuca, y se siente ebrio y con la lengua seca. «Me voy a dar un chapuzón», piensa, «a ver si me despejo». Llega al final del camino que baja hasta el muelle y se detiene allí, él solo frente a los cauces secos labrados en el barro oscuro que esperan a que suba la marea.

—Brindemos otra vez por la amistad —canta con voz dulce de tenor.

Luego se ríe, y alguien se ríe con él. Se desabrocha el abrigo y se lo abre, pero no le basta, porque quiere sentir cómo se afila el aire al contacto con su piel. Más se acerca al agua entonces, y le saca la lengua a la salinidad del aire. «Sí: me voy a dar un chapuzón», piensa, y deja caer el abrigo al suelo cenagoso. Además, no sería la primera vez, pues ya de niño había probado a darse un baño en buena compañía, para celebrar que un año se viene y un año se va, locuras de un chapuzón a medianoche.

Está baja la marea, el viento ha amainado, y en el Blackwater no hay nada que temer: dadle un vaso de su agua y se lo beberá de un trago, con sal y todo, con conchas y moluscos.

Pero algo se ha mudado en el rielar de la marea, o en la súbita quietud del aire: algo ha cambiado en la superficie del estuario, que late como con pulso propio, que palpita, y vuelve luego a su tersura, a su mudez, justo cuando él da un paso hacia delante; que vuelve al cabo a sacudirse, como algo que al tocarlo se retira temeroso. Más se acerca él entonces, y menos miedo tiene; y se elevan las gaviotas en el aire una a una, y la última de todas lanza un grito de consternación.

El invierno desciende sobre él como un mazazo en el cogote, y nota que le traspasa la camisa y le cala hasta los huesos. Se han disipado ya los efectos jubilosos del alcohol, no se siente cómodo rodeado de sombras y, cuando busca el abrigo, ve que un crespón de nubes oculta la luna y le nubla la vista. Respira lentamente, el aire se llena de alfileres; el suelo que pisa está empapado, como si algo hubiera desplazado el agua de repente. «Nada, no es nada», piensa, y da pasitos en el sitio para armarse de coraje, mas otra vez vuelve a sentirlo: es como estar mirando una fotografía, un raro momento hurtado al tiempo, seguido de una sacudida frenética que no puede deberse solo al tirón que da la luna a las mareas. Cree ver —y lo ve, lo ve— el pausado movimiento de algo gigantesco, encorvado y siniestro, cubierto de ásperas y tupidas escamas, que luego desaparece.

Le entra miedo de estar rodeado de sombras. Hay algo allí, lo siente, algo que espera el momento propicio, que es implacable, monstruoso, nacido del agua, algo que no le quita ojo. Aguardaba adormecido en las profundidades y por fin ha salido a la superficie, y él se lo imagina hendiendo las olas, oliendo ávidamente el aire. Lo paraliza el miedo, le da un vuelco el corazón, porque en tan breve espacio de tiempo lo han acusado, lo han condenado y han dictado sentencia contra él. Él, ¡el pecador incesante que alberga en lo más hondo del corazón una pepita negra! Y asiste a su suplicio saqueado, vaciado de toda bondad, pues nada tiene que ofrecer en su descargo. Con más ahínco escruta el agua negra del Blackwater y otra vez lo ve, algo que escinde en dos la superficie y luego se sumerge, sí, algo que siempre ha estado ahí, esperando, algo que por fin ha dado con él. Y es raro, porque está tranquilo: después de todo, es hora de hacer justicia, y gustosamente se declara culpable. Lo pueden los remordimientos, no la redención, y se lo tiene bien merecido.

Entonces se levanta un viento que despeja el cielo de nubes, y la luna en su recato asoma otra vez la cara. Bien poca luz es esa, es

cierto, pero halla en ella algún consuelo. No en vano ve el abrigo allí, a apenas unos pasos, con los faldones manchados de barro; y descienden otra vez al agua las gaviotas, y se siente ridículo. Alguien ríe en el camino que baja hasta el muelle: una chica y su pareja, ataviados con ropa de fiesta. Y él los saluda con la mano y grita:

— ¡Estoy aquí!

Y aquí que estoy, piensa: aquí, en la marisma, que conoce como si fuera su casa; aquí, con la marea baja y nada que temer. «¡Menudo monstruo!», piensa, y se ríe él solo, y siente el vértigo del aplazamiento, y se dice: ¡Qué otra cosa va a haber ahí que arenques y caballas!

No hay nada que temer en el Blackwater, nada de lo que arrepentirse; solo un momento de confusión en noche oscura y aún queda mucho que beber. Llega hasta él el agua, y ve que es otra vez su vieja amiga. Y para demostrarlo, se le acerca, moja en ella las botas, abre de par en par los brazos:

— ¡Estoy aquí! —grita, y le responde un coro de gaviotas. «Es solo un chapuzón», piensa, «por los viejos tiempos», entonces se quita la camisa sin parar de reír.

Oscila el péndulo, un año se va, otro año viene, y oscuro es el espacio que hay en la faz de las profundidades.